

TELEVISIÓN Y VIOLENCIA. ALGUNAS CONSIDERACIONES METODOLÓGICO-ÉTICAS CON RESPECTO A LOS ESTUDIOS EN POBLACIÓN ESCOLAR

Rodolfo Ivanovic M.¹ y Daniza Ivanovic M.²

Sin lugar a dudas que cuando se discute sobre los posibles efectos de la televisión en los escolares la conversación gira en torno a dos aspectos principales: el primero, referido a la obtención de un bajo rendimiento escolar³, y el segundo, que guarda relación con la posibilidad de que los niños imiten conductas que envuelven algún grado de violencia.

En esta oportunidad prestaremos atención al último aspecto mencionado, dado que si bien el relativo al rendimiento escolar ocupa un importante lugar en los debates, la imitación de la violencia presentada en la televisión nos preocupa en gran medida por las consideraciones que a continuación expondremos.

Debiéramos comenzar señalando que junto con el surgimiento de la televisión se emitieron toda suerte de opiniones en relación a los efectos que este nuevo medio de comunicación provocaría sobre las audiencias. Por ejemplo, que nos induciría a creer en una determinada ideología, que disminuiría o reforzaría nuestros prejuicios, que rebajaría nuestros estándares de moralidad sexual, que cambiaría nuestras pautas en relación al uso del tiempo libre y de recreación familiar, que modificaría nuestros gustos, que nos induciría a la adquisición de una cantidad mayor y variada de mercaderías o a cometer actos ilícitos (De Fleur, 1976).

En este orden de ideas, debemos agregar que el creciente desarrollo de los medios de comunicación de masas ha sido de gran interés para los Sociólogos

¹ Sociólogo. Licenciado en Sociología. Investigador Asociado. Unidad de Nutrición y Rendimiento Escolar. Universidad de Chile, Instituto de Nutrición y Tecnología de los Alimentos (INTA).

² Profesora de Biología y Ciencias Naturales. Magister en Planificación en Alimentación y Nutrición. Jefe Unidad de Nutrición y Rendimiento Escolar. Universidad de Chile, INTA.

³ Sobre esta materia ver: Revista de Sociología N° 3, 1988; 73-87.

dedicados a esta área. Los estudios han sido abordados en diversos enfoques que a continuación se señalan. En primer lugar, para algunos Sociólogos los medios de comunicación de masas ofrecen modelos de comportamiento, inculcan roles sociales y proporcionan experiencias secundarias o sustitutivas a situaciones nuevas. Para otros, los medios de comunicación de masas deterioran los vínculos primarios y debilitan la adhesión a normas y valores sociales existentes. A su vez, los críticos de la sociedad industrial avanzada les asignan un papel de vital importancia, ya que serían una especie de totalitarismo que se fundamenta en las falsas necesidades de entretenimiento, ocio, información y consumo individual (MacQuail, 1969).

A partir de 1920 se analizan las consecuencias negativas de los medios de comunicación de masas y se concibe a la sociedad como una masa atomizada de millones de lectores, escuchas y asistentes al cine, los cuales reaccionaban uniformemente a los estímulos (mensajes de los medios de comunicación de masas) en virtud de mecanismos biológicos heredados. Dominaban hasta aquel tiempo las concepciones basadas en la psicología del instinto; obviamente, no se había desarrollado la psicología de las diferencias individuales. Nuevas concepciones sobre la comunicación de masas fueron emergiendo a medida que se descubrían importantes procesos interpuestos entre los medios de comunicación de masas y las audiencias; es decir, la concepción "hipodérmica" o de "estímulo-respuesta" cedía lugar a lo que se llamó "aproximación fenoménica", "enfoque situacional" y al surgimiento de "generalizaciones emergentes" (Klapper, 1971).

Las nuevas concepciones a que se hace referencia en el párrafo anterior incidieron tanto en el desarrollo de la Psicología como sobre la teoría de la comunicación de masas. En primer lugar, suponía centrar ahora la atención en las características del auditorio, pasando a segundo plano el medio a través del cual un determinado mensaje era transmitido. Así, mientras en un comienzo primaban los mecanismos biológicos heredados, en el nuevo esquema psicológico de análisis (diferencias individuales) toman importancia variables tales como la personalidad, la motivación y el aprendizaje. En consecuencia, y no obstante que ahora también se acepta que la variedad de la organización psicológica de los sujetos depende de factores heredados, es crucial el proceso de aprendizaje que el sujeto realiza en un medio socio-cultural. Igualmente, es destacable la introducción del concepto de actitud para reemplazar al de instinto. El aludido proceso de aprendizaje afecta las percepciones individuales, dando lugar a los conceptos de percepción selectiva, exposición selectiva y retención selectiva; es decir, como miembro de una audiencia los individuos perciben, se exponen y retienen aquellos contenidos que armonizan o concuerdan con sus particulares puntos de vista, actitudes e intereses.

El problema de los efectos de los medios de comunicación de masas es abordado sobre la base de tres interrogantes: la primera, referida a si los medios de comunicación de masas son distintos o no de otras formas de comunicación; la segunda, se preocupa de la magnitud del impacto de las sociedades en las comuni-

caciones de masas; la última, se refiere al impacto de los medios de comunicación de masas sobre la sociedad. Es bien claro que la preocupación se ha centrado en este último aspecto, dado el interés de personas e instituciones (De Fleur, 1976). Por otra parte, es preciso señalar que el centrar el estudio de los medios de comunicación de masas en los efectos da una idea equivocada, dado que se tiende a pensar que los referidos medios de comunicación son la única causa involucrada en el origen de los mismos, es decir que, por ejemplo, si un niño imita una conducta violenta que ha presenciado en la televisión, es exclusivamente debido al programa que el niño ha visto.

En este orden de ideas, es importante aclarar que el término "efecto" no siempre es entendido de la misma forma por quienes se interesan en las comunicaciones masivas. En primer lugar, para los que juzgan sin mayor detenimiento y estudio sobre este tema, los medios de comunicación de masas son la única causa que produce los efectos sobre las audiencias, siendo los mensajes, por tanto, un elemento necesario y suficiente para que un determinado efecto se manifieste, en este caso la realización de una conducta violenta.

Por el contrario, para los que abordamos el problema desde la perspectiva científica, el término efecto implica algo muy distinto. Supone no solamente tener en cuenta el mensaje, sino también el simple paso del tiempo, la orientación grupal del miembro de la audiencia, el grado en que éste valora la pertenencia a un grupo, los llamados "líderes de opinión", el patrón de personalidad del miembro de la audiencia, su clase social, su nivel de frustración, la naturaleza del medio de comunicación, la percepción y retención selectiva, etc. (Klapper, 1965).

Ahora bien, de todos los factores señalados los comunicadores pueden controlar efectivamente sólo el mensaje; hay que tener en cuenta, también, la situación en la que el mensaje es recibido, el tipo de personalidad y las relaciones grupales de la persona que recibe el mensaje. Por lo anterior, en las comunicaciones de masas es fundamental "conocer a la audiencia", esta es la primera regla; en consecuencia, la relación entre el contenido de un mensaje y su efecto no es fácil de predecir. De esta forma, el que un niño imite acciones violentas depende de sus características de personalidad, situaciones e influencia del grupo (amigos, familia); si su nivel de frustración es bajo, si ha aprendido de su grupo familiar un conjunto de valores deseables y si sus padres desaprueban las escenas violentas, entonces es poco probable que el niño desarrolle o imite conductas violentas (Schramm, 1961; Grusec, 1972 y Hicks, 1968).

Klapper hace mención a la gran preocupación que despierta la gran abundancia de programación de índole violenta en la televisión, pero indica que los más preocupados son los padres, educadores y escritores de todo tipo, y no los investigadores. Por otra parte, señala que no hay duda que el mencionado tipo de contenido abunda en las programaciones, pero lo que esto implica y la validez de las implicaciones es algo no fácil de definir, en la medida que lo que se entiende por

violencia es muy amplio, y de ahí que se presenten problemas de naturaleza metodológica en relación con la validez. Asimismo, se hace mención a que la violencia es mucho menor; por otra parte, el autor hace notar lo poco que se sabe con respecto a la relación entre la incidencia de la violencia en los medios de comunicación de masas y la probabilidad que ello produzca efectos; en definitiva, a mayor violencia hay mayor contenido violento, pero, ¿hay mayor efecto violento? (Klapper, 1965).

En relación a los estudios realizados en niños debemos indicar que, en general, se hacen merecedores a las siguientes críticas. En primer lugar, se les critica que las situaciones que sirven de estímulo experimental (la observación de una conducta violenta) son distintas de las que ocurren en la vida real, siendo, por tanto, artificiales. En segundo lugar, la experiencia diaria en que el niño ve televisión se diferencia de aquélla en que el experimento se lleva a cabo, dado que éstos presentan estímulos sin ningún contexto ni historia, solamente una secuencia de modelos agresivos. Como consecuencia de lo anterior, la situación del experimento, en la cual la observación de los posibles efectos se lleva a cabo, implica arrancar al niño de su situación social. Podríamos agregar que las variables que constituyen el centro del experimento son creadas por los investigadores, y no por la televisión; sin embargo, sus consecuencias se atribuyen a esta última; después que los niños han observado la escena violenta son llevados a un ambiente semejante a la filmación, por lo que prácticamente son invitados a reproducir las conductas observadas; descuidan las características individuales de cada niño; la evaluación del experimento se refiere a respuestas imitativas inmediatas y olvidan el posible efecto acumulativo de las emisiones televisivas, y en la situación del experimento no operan los controles sociales que existen en la vida real (para una revisión más en detalle de estos importantes aspectos puede consultarse a Otero y López, 1984).

No obstante las consideraciones presentadas con respecto a la poca claridad que arrojan los experimentos llevados a cabo en relación a la asociación entre la observación de una conducta violenta y su posterior imitación, nos parece importante aquí manifestar lo siguiente. Los primeros experimentos llevados a cabo en Estados Unidos se realizaron en niños preescolares (edad promedio de 4 años), y se demostró que los niños expuestos a las escenas violentas desarrollaban conductas como las presenciadas, en mayor grado que los niños que habían visto escenas sin agresión; por otra parte, se comprobó que los niños que observaban un modelo agresivo recompensado lo imitaban en una mayor proporción, que aquellos que observaron un modelo agresivo castigado (Bandura y Ross, 1963).

Por otra parte, nos parece de suma importancia señalar el concepto de aprendizaje observacional, introducido por Bandura y colaboradores, y que se refiere, como señala Montenegro (1980), a que los niños pueden almacenar una conducta aprendida y ejecutarla posteriormente, si se presentan las circunstancias propicias para ello (Bandura, 1963, 1965, 1969). En todo caso, es preciso distinguir claramen-

te, por una parte, los valores estadísticos o mediciones involucradas en los experimentos, y por otra, sus implicancias sociales; esto es, no obstante que la relación causa-efecto entre la exposición a un contenido violento y su imitación no sea del todo clara, debemos preocuparnos por la mera comprobación de un aumento de la conducta violenta en aquellos niños naturalmente más agresivos, como consecuencia de que vean un programa en que se presentan escenas de violencia; aunque la cantidad de niños que se encuentran en esta situación sea reducida. Además, hay un intervalo de edad en que el efecto de los programas violentos tiende a incrementarse (8 a 9 años); por otra parte, el contenido violento impacta en mayor medida en los niños, en comparación con las niñas, debido, probablemente, a los diferentes patrones de socialización. Asimismo, es importante señalar que antes de los nueve años los niños creen que lo que ellos ven en la televisión es algo real, y no distinguen la realidad de la fantasía en forma clara. No obstante que el período de mayor influencia se ubica, como se señaló, entre los 8 a 9 años, la correlación entre la observación de programas de violencia y agresión tiende a incrementarse hasta los 10 u 11 años, sugiriendo un efecto acumulativo (Eron y cols. 1983).

Otra investigación puso de manifiesto que el impacto del contenido violento transmitido por televisión aumenta en la medida que el niño se identifica con el personaje que es presentado en el programa. También se logró determinar una relación bidireccional, consistente en que el ver contenidos de violencia engendra agresión y la agresión provoca que el niño vea programas de violencia. En consecuencia, el modelo más adecuado para explicar el efecto de la violencia en los niños parece ser el que sugiere una interacción mutua entre la exposición a contenidos de violencia y la agresión, y la concurrencia de un conjunto de variables relacionadas. El aprendizaje observacional indudablemente juega un papel, pero su importancia no debe ser mayor que el cambio de actitud que la violencia presentada en la televisión produce, la justificación de la conducta violenta que la televisión provee, o las formas violentas que se presentan para solucionar determinados problemas (Huesmann y cols., 1984).

Por otra parte, los autores señalan que la conducta agresiva, al igual que otras conductas, se determina por un conjunto de variables, entre las que podríamos citar el factor hereditario, hormonal, el medio ambiente familiar y factores cognitivos. Todas estas variables, o la convergencia de algunas de ellas, determinan cierto nivel de conducta agresiva o antisocial. Sin embargo, cada una de ellas en forma aislada, sólo puede dar cuenta de una pequeña fracción de las variaciones individuales en la agresión. Para concluir, creemos importante señalar algunas características de los niños que presentan la mayor probabilidad de ser agresivos. En primer lugar, son aquellos que ven en mayor cuantía programas de violencia; en segundo lugar, son los niños que opinan que los programas de violencia reflejan la vida tal cual es; tercero, los que se identifican fuertemente con los personajes de los

programas de violencia; cuarto, los niños que frecuentemente tienen fantasías agresivas; quinto, si son del sexo femenino, prefieren las actividades del sexo masculino, y también aquellos niños que, además de las características señaladas, tienen una madre más agresiva de lo común; tienen padres con bajo nivel de educación y bajo nivel socioeconómico; tienen un desempeño escolar pobre, y aquellos niños que no son populares dentro de su grupo de amigos (Huesmann y cols., 1984).

En el marco de estas consideraciones, creemos que no es ético someter a niños de tan corta edad a situaciones de experimento que pudieran llevarlos, dada su escasa capacidad de discernimiento, a la imitación de conductas no deseables, con el fin de satisfacer cierta "curiosidad científica"; más aún, considerando que en la realidad la imitación por parte de los niños de las conductas agresivas transmitidas en programas de televisión no presenta el nivel alarmante que algunos pretenden asignarle. Sin embargo, un análisis de la programación de la televisión nos lleva a la conclusión que si bien es un medio de entretenimiento, envuelve algún grado de peligrosidad para las personas que se exponen a sus programas, especialmente para los niños. Asimismo, estimamos que debieran realizarse estudios en muestras representativas de la población escolar, y de ahí detectar los niños con problemas conductuales, examinando con posterioridad la relación que guarda este hecho con el particular uso que hace de la televisión este tipo de niños; y no someterlos a la aplicación de un estímulo experimental que, como ha sido comprobado por diversos investigadores, pudiera ser almacenado o internalizado y emerger en un momento posterior como una conducta agresiva (Chaffee, 1972; Belson, 1978; Eron, 1972).

Los considerandos expuestos en el párrafo precedentes nos parecen fuera de discusión.

Por último, como se habrá podido advertir, se ha hecho referencia solamente a estudios extranjeros, principalmente realizados en Estados Unidos, dado que la revisión bibliográfica realizada arrojó resultados negativos con respecto a estudios efectuados en el país; presentándose, por tanto, una situación más grave en cuanto a la falta de información, que la que se constata en relación al impacto de la exposición a la televisión sobre el rendimiento escolar. Es, pues, una tarea de todos los investigadores interesados en la temática aquí expuesta realizar los estudios pertinentes con el fin de echar luz sobre tan discutido problema.

BIBLIOGRAFÍA

1. BANDURA, A., ROSS, D. y ROSS, S.A., *Imitation of filmed mediated aggressive models*, Journal of Abnormal and Social Psychology 67: 601-607, 1963.
2. BANDURA, A., *Influence of model's reinforcement contingencies on the acquisition of imitative responses*, Journal of Personality and Social Psychology 1: 589-595, 1965.
3. BANDURA, A., *Principles of behaviour modification*, New York, Holt, 1969.
4. BANDURA, A., ROSS, D. y ROSS, S., *Reforzamiento vicario y aprendizaje por imitación*. En: Gerardo Marín, *Lecturas de Psicología Social Contemporánea* (1976), Edit. Trillas.
5. BELSON, W., *TV violence and the adolescent boy*, London, Sexon House, 1978.
6. CHAFFEE, S.H., *Television and adolescent aggressiveness*. En: Comstock, G.A. y Rubinstein, E.A. (Eds.), *Television and Social Behaviour*, Washington, D.C., U.S. Government, Printing Office, Vol. 3, 1972.
7. DE FLEUR, MELVIN, *Teorías de la Comunicación Masiva*, Paidós, 1976.
8. ERON, L.D., LEFKOWITZ, M.M., HUESMANN, L.R., y WALDER, L.D., *Does Television cause aggression?*, American Psychologist 27: 253-263, 1972.
9. ERON, L.D., HUESMANN, L.R., BRICE, P., FISCHER, P. y MERMELSTEIN, R., *Age trends in the development of aggression, sex typing, and related television habits*, Developmental Psychology, Vol. 19, Nº 1, 1983.
10. GRUSEC, J.E., *Demand characteristics of the modeling experiment: Altruism a function of age and aggression*, Journal of Personality and Social Psychology 22: 139-148, 1972.
11. HICKS, D.J., *Effects of co-observer's sanction and adult presence on imitative aggression*, Child Development 39: 303-309, 1968.
12. HUESMANN, L.R., ERON, L.D. y LAGERSPETZ, K., *Intervening variables in the TV violence-aggression relation. Evidence from two countries*, Developmental Psychology, Vol. 20, Nº 5, 1984.
13. KLAPPER, JOSEPH, *The effects of Mass Communications*, The Free Press, New York, 1965.
14. KLAPPER, JOSEPH, *Lo que sabemos sobre los efectos de la comunicación masiva, el límite de la esperanza*. En: Fascículos de Psicología Social, R. Zúñiga (Ed.), Ediciones Universitarias de Valparaíso, 1971.
15. McQUAIL, D., *Sociología de los Medios Masivos de Comunicación*, Paidós, 1969.
16. MONTENEGRO, HERNÁN, *TV: ¿Comunicación o contaminación?*, Galdoc, 1980.
17. OTERO, ÉDISON y LÓPEZ, RICARDO, *Televisión y violencia*, Ediciones Cerro Huelén, 1984.
18. SCHRAMM, WILBUR, *How communication works*. En: *The process and effects of Mass Communications*, University of Illinois Press, Urbana, 1961.